

Creo en los milagros y me asustan ya muy pocas cosas. Sin embargo, igual que rezaba de niña en pijama para ahuyentar miedos, si esta noche quiero seguir escribiendo necesito antes imaginar lugares exóticos, paraísos con playas de aguas frágiles, arenas blancas y sol protector. Mientras mis dedos tiritan sobre el teclado.

Aquella tarde fui al cementerio con ella en una mano y las rosas en la otra. Por el sendero de cipreses me topé con un entierro anónimo. El anciano capellán recitaba sus plegarias ante el ataúd. Bajo el chirimirí, con el gorro calado hasta las orejas, observé la ordenada parafernalia del adiós, ornamentos, hisopo con agua bendita, misal... Y la pulcritud con que el cura, en cuanto puso fin a las letanías, guardó todo en una vieja maleta de cuero. Del estilo de la que yo llevaba, aunque supuse que de orígenes muy distintos.

Allí mismo recordé cómo la que yo sostenía sedujo mi mente novelera en cuanto la descubrí sobre el cansino tióvivo de la cinta de equipajes. Una maleta vetusta pero elegante, una valija de fuelles de piel oscura con pegatinas de destinos lejanos y la correa de hebilla como cinturón de castidad. Con esa distinción propia de los equipajes de entreguerras, cuando los portaban tahúres malcarados, frailes de capas raídas, damas herméticas y aventureros de rumbos inciertos.

En aquella sala techada de luces cegadoras la procesión de bultos giró hasta que mis compañeros de avión tomaron cada cual el suyo. Al detenerse el motor de arrastre el ambiente viró a un silencio árido. Quedé sola en medio de la terminal, asida al carrito. Con mi cabeza ocupada todavía por las mismas dudas que antes de huir hacia aquella semana de reflexiones íntimas disfrazada de congreso profesional. Frente a mí la valija que a nadie interesaba y que, huérfana y plantada sobre la cinta, parecía interrogarme sobre su futuro. Como yo sobre el paradero de mi *Samsonite*. Al aproximarme pude reconocer el colgante con los datos del dueño. Los leí y mi corazón se paró entre dos latidos. La misma etiqueta que rellené antes del viaje y que después quedó sujeta al asa de la *Samsonite*. Pendía a su lado otra más grande de la compañía aérea, y en ella, impresos con letra diminuta, mi nombre y los datos de vuelo y embarque.

Consideré todas las explicaciones posibles, hasta la más sedante, la de que estuviera soñando. Ante tal opción necesitaba alguna prueba tangible de la realidad. Muy nerviosa, abrí mi bolso en el que horas antes había metido las llaves de la maleta y rebusqué de un lado a otro. No di con ellas. Hice inventario. Encendí el teléfono móvil y acerté a la primera con la contraseña. ¡Menos mal!, yo seguía siendo quien creía ser. Cartera, guantes, mis imprescindibles barritas dietéticas, cigarrillos, pañuelos, bolsita tocador... Y las entradas para el musical al que Germán y yo íbamos a asistir cuando él regresara de visitar a su familia. Pero de las llaves ni rastro. Sin pensarlo dos veces agarré de un zarpazo la valija y me largué de allí.

Una vez en casa conecté las luces y puse la valija en una esquina del salón, sin atreverme a mirarla. Dejé encendidos televisor, lámparas y pantallas, y sonando el equipo de música. En el dormitorio vacié el bolso boca abajo sobre la cama y luego lo lancé contra la almohada. Las llaves desaparecidas seguían en algún limbo ignoto. A esas alturas mi cabeza bullía de angustias. Mediante un ejercicio de autodisciplina aplacé para después de un buen baño la decisión sobre qué hacer con mi nueva adquisición, si abrirla o no, si quemarla o tirarla al mar.

Me sumergí en la bañera con agua muy caliente. Cuando terminé, envuelta en la toalla y con el pelo mojado, me dispuse a telefonar a Germán. Durante el baño había intentado llevar a cabo un análisis objetivo de los hechos y solo conseguí aturullarme más. Si no vivía una ficción era probable que hubiera enloquecido durante el vuelo, o quizá estaba siendo atacada del mal de altura. Y a no ser que consiguiera hablar con un ser humano y contarle todo, era probable que me lanzara a un desahogo de esos de puesta en escena primitiva y cutre. A lo peor gritando como una adolescente. O vaciando la nevera, que no sería la primera vez.

No llegué a hablar con Germán. En el camino hasta mi móvil vi que la valija se había trasladado del salón a los pies de la cama, y el bolso no estaba como antes, abierto y tendido de costado sobre el edredón, sino cerrado junto a la almohada en una cama vacía. Para mayor pasmo, en la mesilla de noche alguien había depositado una llave mohosa. El hallazgo me aterrorizó y no pude evitar dar un respingo. La tomé, parecía de hierro forjado. Con el pulso latiéndome fuerte en las sienes introduje la llave en el cerrojo de la valija y la giré despacio. El pasador cedió con un leve crujido.

Dentro estaba la ropa que me había puesto durante el congreso. Al sacarla quedó al descubierto una tapa que ocultaba un doble fondo y que separé con cuidado. Luego, con toda la sensualidad táctil asomándome por las yemas de los dedos, extraje un pantalón rojo con lunares blancos. Lo reconocí. El mismo que quince años atrás me cosí yo misma, con el que luego me disfracé de payaso en la fiesta de fin de carrera y que por la noche me quitó Javier en su habitación de la residencia. También una descolorida camiseta con el lema «Salvad a las ballenas» que calcé orgullosa durante el primer curso y con la que corrí delante de la policía. La seña de identidad de nuestra risueño y pro-trotskyista Club de Estudiantes Ecologistas y Librepensadores. Y un Pinocho de madera articulado con el que mi amigo Enrique, que era como la punta del rabo del demonio, y yo, colocábamos en posturas sugerentes para de noche emularlas en dislocadas peripecias sexuales de playa bajo el dictado de unas hormonas desbordadas. Y un ejemplar en alemán de *La montaña mágica*, texto de examen de la Escuela de Idiomas en la que conocí a Miguel, mi colega matrimonial durante cinco eternos años, hasta que ya no nos quedaron puntos donde apoyar la palanca. Finalmente saqué la colección de postales de Italia que, con la mayoría de edad recién descorchada y tras dejar a mi novio empachado de mentiras, recopilé mochila en ristre durante mi escapada clandestina junto al profesor Esteban, melena canosa de Romeo crónico. Primera y última, puesto que me dejó tirada en Florencia a cambio de las tetas, parece que succulentas, de una genuina toscana. Unas postales, alguna con los datos de Esteban, que nunca me animé a romper y que, a punto de casarme, escondí por devoción al «por si acaso».

Anduve como una sonámbula hasta el salón. Televisor y equipo de sonido ahora desconectados, por no se sabía quién. La estancia en penumbra, con todas las luces apagadas. Toda menos una, la única que yo no había encendido, el pequeño foco que alumbra un *collage* colgado junto a la chimenea. Un objeto muy querido que fabriqué con mis manos y que enmarca un puñado de fotos recortadas, el extracto sentimental de treinta y nueve años de vida. Una bebé feliz en el regazo de mi madre, la niña de flequillo y rizos castaños jugando con mi padre, tumbada junto a mi hermana leyendo comics y otra montadas en el tióvivo de la feria, con la bici a las puertas del colegio, flaca y desgachada, al borde de la adolescencia, riendo con las amigas del alma en los locos viajes de verano y divirtiéndome en la playa con la tribu de la facultad. Y en el centro, en una más grande, abrazada por Germán. Fue en ese

momento, con la mirada perdida en el infinito, cuando entendí todo. Los labios se me curvaron en una inconsciente sonrisa y mi ánimo se serenó. Al menos sabía que ni había enloquecido ni me afectaba el mal de altura, que no corría peligro y que la casa estaba vacía.

Germán regresó días después con su sempiterna y calmosa generosidad. Todas las parejas atraviesan episodios difíciles, así que no cuesta nada consolarse con que nosotros no íbamos a ser la excepción. Pero, ahora lo veo claro, estoy enamorada de él. Pese a las infidelidades que ignora. Tampoco le contaré el incidente de la maleta, será mi última deslealtad por ocultación, la más casta.

Jueves húmedo de febrero, frío y sin viento. La lluvia cayendo finísima, con la misma docilidad que la arena de un reloj. Del entierro ajeno me dirigí directamente a la tumba. Caminé sobre una alfombra de hojarasca, las solapas de la gabardina arropándome bajo el mentón, a cada minuto más empapada por un ambiente que me calaba la ropa. Al final de un muro con nichos y flanqueada por panteones montañosos estaba la lápida de mármol negro, reluciente por la lluvia y los destellos de las farolas. Un último lugar que él mismo eligió mucho antes de fallecer. Estaba sola en aquel rincón del camposanto, paralizada ante la fotografía del frontispicio. Y sonreí. Siempre mantuvo el porte de un príncipe del *Quattrocento*. ¡Qué guapo eras, papá! Y me corroyeron las mismas preguntas. ¿Por qué? ¿Qué motivos tuvo Dios, o el destino, o la línea de la palma de la mano, o el timón omnipotente que desde algún punto del universo decide nuestro futuro? ¿Qué motivos tuvo para truncar una vida como la tuya? El llanto es una forma de expresión a la que últimamente no estaba acostumbrada, y esa tarde me sorprendí llorando. Lloraba sonriendo y sonreía llorando, incluso con hipidos, sin la armonía de los adictos a licuar sus emociones. Lloré moqueando como una colegiala porque lo hacía ante mi padre, y no me importaba porque él conocía de sobra todas mis clases de lágrimas. Aquí me tienes, he venido porque no podía dejar de decírtelo a la cara. ¡Anda que menudo susto me has dado con el trajín de la maleta y las llaves! ¡Me la jugaste bien! Los pantalones, el Pinocho, las postales, la camiseta y todo el resto del bazar... Papá, ¡qué astuto, como siempre! Y el juego con las luces, el foco sobre el *collage* con Germán. ¿Jugaste a ponerme a prueba, no? Pues ya ves, cuando más confusa estaba me caí del guindo. Y me caí porque antaño fuiste mi cómplice. Tú y yo, solamente tú y yo, sabíamos del escondite para mis fetiches, mis castos

pecados, como yo les llamaba ante tu teatral desaprobación. En un armario alto de la leñera del refugio, donde ni a mamá ni a mi hermana se les ocurriría mirar.

Nunca te gustó Miguel. Me conocías bien, sabías que no iba a hacerme feliz. No tengo más que recordar tu cara para valorar lo que debiste sufrir el día de mi boda, con aquella sonrisa tan amablemente sombría. Germán, por el contrario, te encandiló incluso antes de que yo lo escogiera del todo, por mucho que, la discreción como norma, no soltaras prenda. Esperaste a ver cuándo y cómo me decidía. Y te supo a almíbar que nos liáramos, ¿a que sí?

Te debía esta visita para darte las gracias. También para traerte esta antigualla, es tuya. Necesitaba sentir tu cercanía. Me has echado tu mano sabia para reconocer mis sentimientos. Quiero repetirte, ahora que ya todo da igual, que te considero el padre por el que toda hija desearía ser concebida y educada. Solo por eso te he querido y te querré hasta que muera, con toda el alma. Ojalá pudiera darte ahora esos besos que tanto te racaneé como una perfecta estúpida. Cuando lo recuerdo sigo maldiciendo aquella tarde de verano, y el incendio, y el viento tórrido, y el retraso de los bomberos. A qué mala hora comprasteis el refugio en medio de pinares y a qué peor hora te quedaste durmiendo tú solo. Desde que enterramos lo poco que quedó de ti en esta oscura y eterna clausura, llevo en mi cabeza tu última imagen vivo, abrazándome. Me tranquiliza pensar que allá arriba, en un territorio inaprensible para el entendimiento de los mortales, ha de existir un cielo de los padres justos. Ello me basta para desafiar a mis tristezas.

Había por allí un contenedor al que arrojé el manojito rancio en que se habían convertido los crisantemos que debió dejar mi hermana en noviembre. En su lugar coloqué sobre la lápida el ramo de rosas frescas metido en la valija a modo de búcaro. Primero iba a mantener intacto el ramo, luego decidí llevarme una rosa, de un rojo sanguíneo, quise creer que bendecida por mi padre, para que redimiera por siempre mis pasados errores.

Caminando hacia la salida volví la cabeza para mirar la foto de mi padre por última vez.

La superficie de la lápida estaba vacía.